

Palabras del Excelentísimo Sr. D. Juan Velarde Fuertes

La historia de España tal como fue, a mi juicio, podría centrarse en cinco grandes capítulos. El primero es la aparición de una entidad política, independiente, España, separada definitivamente del Imperio Romano. Transcurre desde Recaredo, el Concilio de Toledo, San Isidoro y demás componentes intelectuales y políticos de esa escisión que tiene lugar en el siglo V y concluye con la invasión sarracena a comienzos del siglo VIII. La segunda es la Reconquista, que dura hasta el siglo XV. Desde ahí se trazan dos grandes capítulos. Uno, es el del intento que España asume en Europa para imponer un orden católico en todo el continente, amén de frenar la amenaza islámica de los turcos. Finalizará con la Guerra de los 30 años y la Paz de Westfalia. Pero simultáneamente tiene lugar la tarea, que dura desde el siglo XV al XIX, de introducir en el marco cultural occidental, ese de raíces grecojudaicocristianas, a buena parte del territorio americano. La quinta tarea, que transcurre desde el siglo XIX hasta ahora mismo, es el intento de construir un sistema económico con una eficacia semejante a la del grupo de los países señeros en ese sentido, esos que se habían agrupado en el famoso G-7: Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania, Japón, Italia y Canadá.

Los españoles, mil veces, no somos capaces de contemplar con frialdad y a fondo cualquiera de estas cinco grandes tareas. Nos han apasionado demasiado como para no tomar cordial y no cerebral partido ante ellas, y eso es malo para una contemplación científica de la cuestión. De ahí que hayamos decidido, una y otra vez, para comprender adecuadamente lo sucedido, echar mano de eso que se llaman los hispanistas. Nunca agradeceremos bastante su labor. Y he aquí que para el capítulo de nuestra tarea en Iberoamérica, uno de ellos fue Alexander von Humboldt.

Mi primer contacto con la obra de Humboldt se produjo hace medio siglo, cuando al preparar la cátedra de *Estructura Económica mundial y de España* de la

Universidad de Barcelona, me sentí obligado, para comenzar a entender lo que un economista podía extraer de la Geografía, a leer su obra *Cosmos*, que con el subtítulo de *Ensayo de una descripción física del mundo*, está en español en la traducción de Giner, en cuatro tomos, y editada en Madrid, en 1874-1875.

Después, entre los terrenos que algo exploré, estaba el de la economía de la América hispana. Impresionan las colosales aportaciones estadísticas y de otros aspectos de la realidad de los antiguos territorios españoles en el Continente americano —virreinos y capitanías generales— debidas a Humboldt. Por otra parte, para entender los ritmos de desarrollo a partir de la Revolución Industrial y de la Emancipación, era necesario tener un punto de apoyo original. En muchos sentidos, los trabajos de este gran investigador, y especialmente esa maravilla que es el *Ensayo político sobre el Reino de Nueva España*, pasaron a serme esenciales. Cuando Pareto en su *Curso* estima la famosa α paretiana, tan importante durante mucho tiempo en relación con el asunto de la distribución personal de la renta, no le fue posible ignorar la sombra en todo ello de Humboldt sobre las alusiones que hace el gran maestro de la Escuela de Lausana a Hispanoamérica.

De ahí que, cuando pasé a ocupar la presidencia de la Real Sociedad Geográfica me engolosiné con la idea de que, con un coloquio intelectual mantenido con el, por eso, hispanista Humboldt, todos nos podríamos adentrar algo más con aportaciones de este gran científico, ilustrado y romántico al par, que vivió en uno de los más importantes quicios de la historia del mundo, y que lo vivió con todos los sentidos muy atentos. Desde 1769 a 1859 vemos aparecer la independencia de los Estados Unidos; la explosión impresionante de la Revolución Industrial; el estallido de la Revolución Francesa con todas sus consecuencias desde el punto de vista político; el inicio del clasicismo en economía política, a partir de un Adam Smith que no le gustaba a Humboldt. Quizá esa insatisfacción sea un precedente de toda la corriente científica alemana que desde el historicismo por un lado, y por otro, por el de la *Verein für Sozialpolitik*, entró en liza con la línea derivada de Smith, Ricardo, Malthus, James Mill y Stuart Mill. Humboldt también contempló, ya anciano, los acontecimientos de 1848 y lo que significaba el *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels, quienes en él, en sus comienzos, al modo de la unidad física del mundo que sostuvo Humboldt, plantean que, desde el siglo XVI, con los descubrimientos de los españoles y portugueses, la unidad de la economía mundial como tal era un hecho. Igualmente, Humboldt observó con júbilo, él que tanto había contribuido a ello —recordemos la Universidad Humboldt—, el avance derivado de la revolución científica y filosófica del siglo XIX. Asimismo, evidentemente comprendió que él y Karl Ritter habían alterado el estudio de la geografía. Y ¿por qué no añadir que con sus trabajos contribuyó a la desaparición de la trata?

Gentes así son fascinantes. Tuvo un contacto muy grande con España y con los ilustrados de Carlos IV. Su salida complicada en la corbeta “Pizarro”, le mos-

tró que la Inglaterra del inicio de la Revolución Industrial arrinconaba a su vieja rival, España, y que la batalla del Cabo de San Vicente y, posteriormente, Trafalgar, señalaban su final como gran potencia. Y su amistad con Bolívar en Roma mostraba la comprensión de que la Emancipación de esa América española que tan bien conocía, y no sólo por su primera en el Chimborazo, era un hecho forzoso.

Gracias a cuatro colaboraciones impagables —la del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, la del Instituto Cervantes, la de la Embajada de Alemania en Madrid, y la de una gran empresa, que siempre nos ha ayudado con mucha generosidad, Endesa—, resultó posible montar un Coloquio Internacional titulado *Alexander von Humboldt. La estancia en España y su viaje americano*, que se había iniciado en realidad con la conferencia maravillosa, que pronunció al inaugurar la nueva sede de la Real Sociedad Geográfica, el entonces Secretario de Estado de Universidades, el Dr. Salvador Ordóñez Delgado, y que precisamente se tituló *La geología en el viaje por Ibero América (1799 1804) de Alexander von Humboldt*.

Cuando visito Perú, cuando me acerco a México, o bien cuando hablaba con aquel gran boliviano que fue Luis Adolfo Siles Salinas, me he encontrado, más de una vez hablando sobre esa polémica creciente que existe entre los físicos que estudian la mecánica de fluidos, acerca de mil noticias de la corriente de Humboldt, que lo immortalizan para siempre. Hace unos meses, se me ha demostrado en Lima, que la polémica postura peruana de plantear como territorio nacional hasta una distancia de 200 millas de mar, junto con una actual, viva y ácida, polémica con Chile y Ecuador, se debe, entre otras cosas, a que la corriente de Humboldt tiene esa anchura. Una decisión del Presidente de la República, recogida en la Constitución, lo avala. Allí solicité para la biblioteca de la Real Sociedad Geográfica, en el Banco Central de Reserva del Perú, y rápidamente se me envió, esa joya editada en 2002 por Estuardo Núñez y Georg Petersen que es el libro *Alexander von Humboldt en el Perú: diario de viajes y otros escritos*.

Con el libro que hoy se presenta, coordinado por ese gran historiador de la Geografía que es el profesor Mariano Cuesta, y por Sandra Rebok, esa gran investigadora del Instituto de Historia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, donde se agavillan quince aportaciones de extraordinaria calidad, se pretendía, y se consiguió, a mi juicio, efectuar un homenaje germanoespañol a Humboldt, ese alemán ejemplar sobre cuya obra impera continuamente aquello que escribió su amigo Goethe en el *Fausto*:

Gloria y fama la rodean
Su esplendor brilla a lo lejos
Y su nombre es Victoria
Diosa de todo quehacer.

